

## XXXII.

### LOS CINCO MILLONES DE LA SEÑORITA REGINA DE PARISIS.

La señorita Regina de Parisis había sido víctima de una pleuresía cogida en su parque cierto día de borrasca; el médico de Champauvert, que era un médico *bastante bueno*, se inquietó por ella. Regina se resignó á morir santamente, pero no quería morir sola.

Cuando Geneveva regresó, el médico le dijo que perdería su tía.

—Muero contenta, dijo la vieja solterona, tratando de levantar su mano para rechazar á Geneveva, bien como si esta quisiese ahogarla con sus abrazos. Vé con cuidado: el aire me falta y casi no respiro.

Contemplaba á su sobrina con esa alegría de los corazones amantes que vuelven á encontrarse, y añadió:

—Todo ha concluido, mi pobre Geneveva. Pronto dejaré de verte, yo que tanto te he amado. Pero en fin, estoy consolada: muero en el seno de Dios y hallaré otros ángeles en el cielo.

Geneveva quiso naturalmente convencer á su tía de que no estaba enferma.

—Sí, sí, dijo esta, me siento muy mala. En prueba de ello que he hecho ya mi último testamento.

—Vuestro último testamento, tía! para qué?

—Para hacer bien: conozco el mundo: en él hay los que me aman á mí, y los que aman mi dinero. Aquellos, te respondo de ello, me inspiran un amor platónico: en cuanto á tí...

La señorita Regina secó dos lágrimas.

—Ya verás, prosiguió, coge mi caja de labores.

Geneveva cogió la caja de labores y quiso darla á su tía.

—Nó, mira lo que hay dentro... esto es. Coge este papel y léelo. Es un billete de cinco millones. El banco de Francia cobró su oro y no acostumbra á librar muchos de estos documentos.

Geneveva no quería tomar el testamento.

—Lo comprendo, dijo, tu amor hácia mí tiene demasiado pudor. No se paga con millones. Tú fuiste mi juventud cuando ya era vieja; tú has sido mi sonrisa, tú has sido mi alegría. Yo te bendigo!

Geneveva cayó arrodillada bajo esta última palabra.

—Y Octavio? dijo ésta levantando su hermosísima cabeza.

—Octavio! Vendrá á pedir tu mano y tendrá cual tú cinco millones, sin contar los tesoros de tu alma.

—No conocéis á Octavio, querida tía: si quereis

que no se una á mí en matrimonio es indispensable hacerme rica.

—Pero tú no sabes que arruinó en tres cuartas partes su fortuna? yo me lavo las manos.

—Pero si supieseis, tía, lo que es caballeresco! sus amigos le cuestan caro. Sin Octavio, aquel que ellos llaman el príncipe Azul viviria en Clichy desde hace tiempo. Todo el dinero que ha ganado en las carreras lo ha dado á los pobres, y Dios sabe si el dinero de las carreras ha contribuido á su ruina. Es el juego de quien gana pierde.

—Cállate. Si Octavio dió á los pobres, consiste en que en Paris los pobres son mujeres... Y qué mujeres!

Geneveva habia tenido noticia en su viaje á Paris de algunas bellas acciones anónimas de Octavio. Las comunicó á su tía dándoles una grandeza verdaderamente épica.

—Vamos, vamos, dijo la señorita de Parisis, todo va bien; pero hay nada tan natural en un Parisis? No es necesario canonizar á Octavio por haber abierto sus manos llenas de oro. En cuanto á mí, yo no le perdono el no haberse unido contigo cuando le dirijí este ruego.

—Pero tía: no olvideis la leyenda de los Parisis. Fuera de que jamás he querido formalmente unirme á Octavio.

—Es esto verdad ó mentira?

Geneveva contó á su tía el encuentro sobre la playa de Dieppe.

—Os juro, tía mia, que seré la duquesa de Parisis, dijo.

Al hablar así, Geneveva habia traído una pluma mojada en tinta y una hermosa hoja de papel.

—Escribid, tía.

—Qué quieres que escriba?

Geneveva dictó otro testamento á Regina; pero la señorita de Parisis exclamó:

—Jamás escribiré esto!

Murió al siguiente dia por la tarde.

Geneveva dió orden para que se enviasen despachos telegráficos á toda la familia, y hasta dictó el siguiente billete á Octavio:

*«Señor Octavio de Parisis, avenida de la Emperatriz,  
Paris.»*

»Mi tía acaba de morir; estoy desesperada y vos no vendreis.

»GENOVEVA DE LA CHASTAIGNERAYE.»

Octavio partió en seguida.

Llegó á tiempo para asistir á los funerales; abrazó fraternalmente á Geneveva y fué á dormir al castillo de Parisis.

Cuando á la mañana del siguiente dia saludó la sepultura de su familia, parecióle que asistia aun á los funerales. Tan vivo halló el recuerdo de sus abuelos.

A medio dia se le mandó un recado diciéndole que

iba á empezar el inventario sobre la herencia de su tía. Al principio quiso enviar á él un apoderado; mas el juez de paz y el notario habian insistido para que asistiese á él en persona á causa de los innumerables testamentos ó codicilos que su tía se habia complacido en firmar.

Aquello era la tela de Penélope.

Aquella mujer, que habia pasado su existencia sin dar un paso, esclusivamente ocupada en rogar á Dios y en amontonar el oro sobre el oro, habia vivido soñando. Jamás la accion la habia tentado: su amor por el dinero era un amor platónico, ya que lo ocultaba y no se servía del mismo. Pero una de sus mayores distracciones consistia en soñar en todas las locuras del lujo, en todas las aventuras de viaje, en todas las buenas obras y en todas las magias y hechicerías que podia realizar con las manos llenas de oro. En los últimos años solo habia pensado en sus herederos. Siempre que hacia un testamento era para seguir con la mente y en el porvenir las evoluciones de su fortuna. Pronto se decia que se habia engañado y elegia otro heredero hasta el dia en que volvía á decirse que tambien estaba engañada.

Tan pronto este heredero era una sobrina, un sobrino, un primo que viajaba por las Indias, ó bien una comunidad religiosa; nunca se habia atormentado tanto al papel sellado; mas no se juega con cinco millones todos los dias.

Sabíase en el país que la señorita Regina volvía á

comenzar siempre la obra de su última voluntad. No lo ocultaba á nadie y decia á todo el mundo que legaría sorpresas. Su único dolor, en la idea de la muerte, consistia en no poder levantar su cabeza en el fondo de su tumba para ver el rostro que sus herederos pondrian.

Aunque Octavio de Parisis fuese el gefe de la familia, parecia tener menos probabilidades que otro de ser el heredero. Jamás habia ido á ver á su tía. Apenas si una vez al año le escribia cartas de cuatro líneas de hermosísimo estilo, aunque muy breves. Hé aquí una que se halló en la correspondencia de Regina.

«Os saludo, mi querida tía! Adios tía mia!

»Qué dicha la de tener una tía cual vos y que desgracia la de no verla nunca! Tengo vuestro retrato y os hablo todas las mañanas; me decís cosas que llegán al fondo de mi alma; juro todas las noches que iré á echarme en vuestros brazos, pero no soy mas que un sobrino desnaturalizado y merezco vuestras maldiciones.

»OCTAVIO DE PARISIS.»

Verdad es que con una tía tan fantástica cual ella esta carta era quizá un verdadero título á la herencia. Un heredero vulgar hubiese escrito plañideras torpezas á lo menos doce veces al año.

En el último invierno, como se sabe, habia visto su tía en Paris, sin que le prodigase las caricias de un

heredero presunto. Un día había rehusado el comer con ella y solo otra vez había encontrado un momento para tomar con ella el té, sabiendo con anticipación que Genoveva estaba ausente. Hasta había hecho incomodar á su tia; pero Octavio no era hombre para adoptar los buenos hábitos; nada le había podido decidir á que volviera á casa de su tia, parte porque no encontraba una hora libre, y el resto porque temia hallar con ella á su prima.

Esto sin embargo, no desesperaba de coger una parte de la herencia. El era el único representante de los Parisís, y su tia no se atreveria á desheredar este nombre.

Empezóse el inventario de los documentos. Había cinco herederos directos: Octavio de Parisís, la señorita Genoveva de la Chasteigneraye, un jóven teniente de navío al servicio del emperador, la señorita Portien, un miembro de la familia Parisís que se había vulgarizado, y dos niñas que estaban aun en el convento, y á las cuales representaba otro notario.

La señora Portien no era querida de nadie en la comarca, porque era mala y avara. En todas las familias hay la imágen del bien y del mal. Genoveva era el ángel, la señora Portien el demonio. Y lo peor era, que no era un demonio hermoso.

El primer notario trajo cuatro testamentos depositados en su despacho; el cuarto destruía naturalmente los tres primeros. Octavio pidió que se leyesen todos por orden de fechas para que se pudiesen

apreciar las varias inspiraciones de la testadora.

Todos comenzaban por esta invariable y antigua fórmula: «Lego mi alma á Dios.»

En el primer testamento no se separaba casi nada del espíritu de la ley; se contentaba en hacer algunos legados á los pobres de la comarca.

En el segundo daba el castillo de La Roche-l' Epine á su sobrino Octavio de Parisís, encargándole que entregara sus rentas al hospicio de Tounerre, donde poco faltó que Regina entrase para hacerse hermana de la caridad.

En el tercero daba un millon y su legítima á su sobrina Genoveva de la Chasteigneraye.

En el cuarto, este millon pasaba á las dos huerfanitas.

El notario no conocia mas testamentos. Removió bastantes pergaminos, títulos de propiedad de Champauverd y de la Roche-l' Epine. Mientras parecia buscar Octavio y Genoveva se miraban con una sonrisa tranquila.

De los cinco herederos. Octavio y Genoveva, eran por decirlo así, los únicos interesantes. Y en efecto eran los únicos pobres. Genoveva no tenia nada, y Octavio tampoco tenia nada, á menos que las minas de las Cordilleras no volviesen á producir por un milagro.

Porque la tia no recordaba á su sobrina en el cuarto testamento? Esto no se esplicaba.

Genoveva era el ángel, el encanto, la sonrisa de

su vida; ella era quien la daba su brazo para salir á paseo, su voz para leer, su alegría para confortarla. La jóven, sin embargo, tenia sus horas de distraccion, sus movimientos fantásticos y sus tristezas repentinas. En ciertos momentos quizá habia agraviado á su tia sin pensarlo.

—Cual es la fecha del cuarto testamento? preguntó de repente Genoveva.

—El dos de Agosto, respondió el notario.

—Ah! ya comprendo, replicó la señorita de la Chastaigneraye.

Volvióse hacia Octavio y le dijo:

—Recordais nuestro encuentro en Dieppe?

—Si lo recuerdo!

E inclinándose hácia ella, prosiguió:

—Ni una palabra salida de vuestros lábios en aquel dia ha sido para mí olvidada.

—Vaya una ocurrencia de decirme esto á la hora en que estoy desheredada. Pues bien, figuraos mi querido primo, que en aquel dia mi tia que solo me habia concedido quince dias, tuvo á bien desheredarme porque en el décimo séptimo dia, yo no me hallé de vuelta en su casa. Pero, tranquilizaos: no dudo que habrá algun otro testamento.

En aquel momento, el notario hubo de dar con un legajo de papeles que llevaban este sobre: *Documentos importantes.*

En ellos habia un testamento en que se decia que la fortuna fuese dividida segun los derechos de cada

uno, cuando la señorita Genoveva de la Chastaigneraye hubiese cogido el castillo de La Roche-l' Epine, las haciendas que de el dependian y todos los arrendamientos no pagados. Además de su legítima, las dos niñas debian percibir las alhajas, las perlas y los diamantes, que podian valer unos cien mil francos.

No hablo de un codicilo hallado en el legajo, toda vez que hacia mencion de insignificantes legados hechos al cura de Champauvert y al médico de la Roche-l' Epine.

Otro legajo que llevaba este rótulo: «papeles para quemar» contenia una docena de testamentos de fecha y antigua pero que manifestaban el espíritu inventivo y romántico de la señorita Regina. En uno daba cien mil francos al hombre mas ignorante de las tres aldeas en que radicaba su hacienda; en otro adjudicaba el doble, al sábio que escribiese la mejor memoria para probar que se pueden vivir doscientos años; en otro constituia una renta de doce mil francos al que se encargase de sus perros y sus aves, y en otro, en fin, legaba quinientos mil francos á Luis XVII, pensando, sin duda alguna en que la providencia no abandonaba el vástago real.

Octavio comenzaba á desesperar: por la lectura de aquellos testamentos se convencia de que su nombre era apenas pronunciado por bagatelas, y que en su consecuencia no era en Champauvert donde habia de recobrar su fortuna.

—A lo menos, se decia, yo sentiria algun consue-

lo si la mejor parte de la herencia tocase á mi prima.

—Conozco otro testamento, dijo de pronto Genoveva; no lo he leído pero he visto como mi tía, ya enferma, lo escribía con temblorosa mano.

—Donde está? preguntó el notario.

—Creo que en la caja de labores que fué encerrada en la de las alhajas.

Quitóse el sello á esta caja, abrióse con cierta emoción y se encontró en ella no solo el testamento que Genoveva indicaba, sino tambien otros dos.

El notario dijo en alta voz:

—Leeré los otros testamentos en seguida; mas voy á leer el siguiente, el cual indica por su fecha que constituye la última y suprema voluntad de la señorita Regina de Parisis.

Y leyó:

«Este es mi testamento.

»Lego mi alma á Dios. Que la tierra sea ligera á mi cuerpo!

»Instituyo por mi legatario univerval, á la señorita Ana Genoveva de la Chastaigneraye, mi querida sobrina, que ha sido para mi una hija, que ha sido para mi un ángel. Ella dispondrá de toda mi fortuna sin ninguna reserva de todos mis bienes muebles é inmuebles, cualesquiera que ellos sean, á condicion de dar cien mil francos á cada uno de mis herederos naturales.

»Todos los años en el dia de mi santo ya viva en Paris, en Champauvert ó en cualquier otro punto, cogará dos puñados de oro cuando vaya á misa, y los dará al primer pobre que ella encuentre.

»Tal es mi última voluntad.

»3 de Agosto de 1866.

ANGÉLICA REGINA DE PARISIS.»

Despues de leído este testamento, observóse entre los circunstantes un grande y profundo silencio. Todo el mundo comprendió que aquella era la última palabra.

Octavio se levantó solemnemente, cogió las manos de su prima, la besó en la frente y le dijo en voz alta:

—Mi querida Genoveva, he aquí lo que se llama hacer justicia; creo que nadie de aquí protestará contra la última voluntad de mi tía. Lo que está escrito aquí se halla escrito en el cielo.

Estas frases produgeron honda impresion. Había el convencimiento de que salian del fondo del alma.

Octavio era demasiado noble para ser hipócrita. Si su tía le hubiese dejado un millon, no le hubiese agraviado; pero halló tambien corriente que solo le dejara cien mil francos.

La señora Portien no se encontraba á esta altura y la fué imposible ocultar su dolor y su despecho. Balbuceó algunas frases dignas de ella. Le pareció que los testamentos bien hechos no eran los buenos. Ya que la ley, decia, reglamenta las sucesiones se

obraba muy mal al violar por el capricho de un momento las reglas inmutables de la ley y de la naturaleza. En aquella herencia ya que habia cinco herederos y cinco millones, lo natural era el dar un millon á cada heredero. En fin, no desesperaba de ver á la señorita Genoveva de la Chasteigneraye con solo algunas ventajas, como por ejemplo el castillo de la Roche-l' Epine, que ella queria mucho, dejando á sus primos y sus primas una parte algo mayor que los cien mil francos indicados en el testamento.

Octavio volvió á tomar la palabra. No comprendia nada de lo que decia la señora Portien; cuando un testamento estaba hecho, se convertia en ley, puesto que la ley autorizaba el testamento.

La señora Portien replicó diciendo, que estaba segurísima de que Genoveva no pensaba como Octavio.

Genoveva no dijo nada. Su sibilítico rostro no expresaba su pensamiento. Admiraba á Octavio y saboreaba en su corazon todas las alegrías, que su admiracion le ocasionaba. Habia recibido hartas pruebas de poca educacion por parte de la señora Portien, para enternecerse y simpatizar con una muger cuya malevolencia no perdonaba á nadie.

La sesion habia sido larga: el notario dijo que iba á levantarla para registrar el testamento.

—Y si se encuentra otro? observó la señora Portien.

—Esto no es imposible, dijo el apoderado de las dos huérfanas.

—No, respondió Genoveva; despues de este testa-

mento, mi tia no me pidió la pluma sino una sola vez.

—Pues bien, dijo la señora Portien, quizá fué para escribir su último testamento.

—No prima mia.

Esta vez Genoveva no pudo disimular su emocion.

Así es que añadió:

—Fué para decirme adios y recomendarme algo misterioso.

—Señorita, dijo el notario, no podríais leernos este adios de vuestra tia?

—Nó, caballero, á lo menos por hoy. Fuera de esto, juro por mi alma que este documento en nada acrecienta la fortuna de vuestros representados.

Y volviéndose hácia la señora Portien, añadió:

—Ni la de los otros.

—Respetemos la última voluntad de nuestra tia Regina, observó Octavio.

—Y si es cuestion de dinero en este último escrito? insistió la señora Portien.

—Este es mi secreto, dijo resueltamente Genoveva. Sabíase que era inaccesible é inquebrantable. Levantó su cabeza y nadie volvió á insistir.

Como Octavio estaba cerca de ella le dijo:

—Lo creerias? esta noche... La jóven se calló.

—Nó, prosiguió, no quiero decir nada.

La comida se habia dispuesto para los herederos, los notarios y el cura de Champauvert. La señora de Portien dijo que la aguardaban y pidió su carruaje; el primer notario, que se interesaba por el teniente de

navío, observó que debía autorizar en aquel día un contrato esponsalicio, y pidió su caballo; el segundo notario, que representaba las huérfanas, no sabia que actitud debía tomar y pidió su baston.

Para la comida no quedaba mas que el señor de Parisis y la señorita de la Chastaigneraye.

El cura se hizo aguardar. El primo y la prima se pasearon un rato bajo los castaños.

—Qué soledad tan hermosa! dijo Octavio, cuan feliz se viviria aquí!

Y volviéndose hácia su prima, añadió:

—Si no se viviera solo!

—Es cierto, primo, pero la dicha no es de este mundo.

—Teneis razon, prima. Y cogió su mano.

—Y sin embargo, añadió, cuando pienso que si mi tia me hubiese dado su fortuna, yo quizá me hubiese arrojado á vuestros piés para suplicaros que fueseis mi esposa!

—Quizá!... pues hé aquí mi desgracia, dijo con una sonrisa hechicera la señorita de la Chastaigneraye; quizá yo os hubiese dicho: «Levantaos y dejadme, primo.» Los la Chastaigneraye son tan orgullosos como los Parisis. Si por ejemplo yo os diese mi mano con cinco millones, vos no la admitiriais, no es cierto, primo?

—Nó, nó, prima mia.

—Pues bien, hablemos de política.

## XXXIII.

## LA DAMA BLANCA.

Octavio y Genoveva hablaban aun de política cuando llegó el cura.

Tenia un corazon de oro y creía en Dios sin saber porque. Nunca habia comprendido bien el Evangelio y no se estraviaba jamás en las sutilezas teológicas. Predicaba sin saber lo que decia, á menos que predicase el bien. No hubiese matado una mosca, pero veia caer, no sin alegría, en las cacerías las liebres, las perdices y los conejos si tenia en ellos su parte. Pero no era tan buen apóstol con los cazadores que no le pagaban el diezmo. Iba todos los dias, como Luis XIV, á echar migas de pan á las carpas de su lago y á los pollos de su gallinero; pero se las comia sin ninguna clase de escrúpulo. Era gastrónomo y no pensaba que el pecado de la gula mortal para sus feligreses pudiese llevarle recto al infierno. Por lo demás era bueno con los pobres aun en los dias que no comia. Era en fin el mejor cura del mundo.

No bien saludó á Parisis y su prima consultó su